

Andrés Rivera

El farmer

Buenos Aires, Alfaguara, 1996 (125 p.)

El farmer, de Andrés Rivera, es una novela construida con la forma de una polémica, única forma posible para su protagonista. Es, además, una novela en la que las alusiones librescas abundan y esta sola característica asume la forma de una polémica cuando se trata de un personaje que fue colocado del lado de "la barbarie" y de quien Mitre comentó que el único libro que había leído era el diccionario (en *El farmer*, Rosas escribe un diccionario).

Escrita en primera persona, la vida de Rosas aparece narrada por su protagonista. La voz de "Don Juan Manuel omnipotente" (la expresión es de Borges, Rivera la refuta) parece fagocitar todas las demás voces a través de la permanente referencia a la primera persona y a través de la cita: Rosas dice lo que escribió Sarmiento, escribe lo que dijo Mitre, cuenta lo que le contó Lord Palmerston de lo que escribió Shakespeare. Sin embargo, esta voz también aparece citada, por lo tanto cuestionada (puesta en cuestión). Un narrador oculto anuncia: "Consigna del general Rosas a la población: Lo que no se ve está fuera de la ley" (p.26). La cita, aunque remita a otra frase (la consigna) parece indicar que a pesar de que los hechos son opinables, existe una experiencia más allá del discurso: cosas que se dijeron y cosas que sucedieron, y de ese modo, con la tercera persona, la referencia literaria se torna referencia histórica.

Otra característica interrumpe la primera persona: en el continuo del recuerdo autobiográfico aparecen cuartetos que recuerdan a coplas y dividen la novela en algo parecido a capítulos: "Cuidate de la noche/

Cuidate del día/ La vejez es inevitable/ La muerte también" (p.21). Al avanzar el relato, en lugar de cuatro versos encontramos dos y más adelante uno. Más allá de la disgregación que sugiere este cambio y que recuerda al día en que transcurren las evocaciones, pautado por la acechanza de un lobo, estos versos tienen la virtud de formular una segunda persona y de ese modo hacen explícita la polémica. La construcción de una voz sólo es posible como respuesta a otras voces que a su vez la constituyen, estas voces son a veces las del pueblo, las de sus adversarios, el gemido de la perra o la voz múltiple de la poesía.

En la evocación no sólo los recuerdos se presentan de manera más o menos desordenada sino que la urgencia del presente se impone sobre la nostalgia del pasado; así Carlos Marx es un enemigo más odiado que Sarmiento, a quien se puede admirar a la distancia. Pero también en este plano se pone en cuestión quién es el dueño de la palabra. Existe un enunciador del discurso —Rosas— que privilegia su situación presente, como se refleja en la elección del título en inglés y en la referencia a los apuros económicos que ponen al descubierto una memoria determinada por los intereses sectoriales. La urgencia del presente también apela a un lector que no puede dejar de comparar con la historia reciente, con su propia historia, cuando lo que se juega en el texto es una cuestión de memoria y de violencia. Y es precisamente en la evocación de las torturas, que comienza con una referencia altamente literaria como la *refalosa* (cursiva en el original), donde el texto vacila nuevamente y se pregunta (le

pregunta Manuclita a un brigadier general, nos pregunta) “¿Cómo es, señores, cuando se tira, a los ríos, amarrados dentro de una bolsa, a los subversivos?” (p. 114). En esta pregunta subyace otra: ¿quién habla en el texto?

La última frase de la novela parece responder con una afirmación: “Miro a Rosas”. De este modo, la primera persona se desdobra y se pone en escena el juego de la escritura. Rosas se convierte en objeto de la mirada, por lo tanto de la escritura, pero sin dejar de ser sujeto (el yo que mira es, a lo largo del relato, el mismo Rosas). Esta estructura en abismo, en donde la escritura se mira a sí misma pero encuentra espejos enfrentados que reflejan y contradicen al mismo tiempo los objetos, pone en escena la literatura pero no deja de ser una opinión sobre la historia.

La literatura, según Barthes, es un lugar donde el saber reflexiona sobre el saber: la literatura repone la instancia de enunciación de los discursos. La novela de Rivera conoce la enunciación a los discursos sobre Rosas, que son inevitablemente discursos en contra o a favor de Rosas e incluyen inevitablemente a Sarmiento, lo nombren o no. Tal vez por eso el “gobernador— propietario” lee obsesivamente *Facundo* y pasa por alto *Martín Fierro*. Para Rosas, la gauchesca no es materia de lectura libresca, lee la gauchesca en la

Historia y por eso no encuentra gauchos, sino paisanos, “esos paisanos, que pelearon en mis ejércitos y en los del finado Urquiza” (p. 39). La novela insiste en juntar antagonistas, insiste también en la amistad de Rosas con “los hacendados argentinos, escoceses, galeses, irlandeses” (p. 101) y, por su puesto, con los comerciantes ingleses, que le escriben “su retiro, Your Excelency, será no sólo una calamidad pública, sino que afectará los intereses de los residentes británicos...” (p. 95). En la forma que toma esta insistencia se puede leer una polémica con el revisionismo histórico; se puede leer, por lo tanto, la tercera persona que construye el yo narrador, presente también en las citas. Es decir, la Historia puede iluminar la polémica y la Literatura puede mostrar la polifonía, particularmente cuando el texto es un lujo de voces y contracantos; pero no por ello Historia y Literatura establecen relaciones de complementariedad, sino de tensiones y disputas por un sentido múltiple que seguramente constituirá un horizonte, dado que su desplazamiento no supone su anulación, sino que alimenta el deseo de avanzar, en este caso, a través de las páginas de *El farmer*.

Graciela Goldchluk*

* Universidad Nacional de La Plata.